

Rianjo, Agosto 31 de 1949

Querida Clara: Me gusta recordarlos en la casa sosegada y silenciosa de los Dieste, frente a la Ría Gallega surcada por barcas pescadoras. Aquí descansamos en estos días, después de un largo viaje por la agónica Castilla (es un desierto de fuego que te gustaría y te espantaría a la vez. Es una tremenda experiencia para el alma y para la sangre).

Les he escrito varias veces. No sé nada de ustedes. Pienso que estarán bien (“pas de nouvelles”, etc.).

Nosotros hemos pasado unos días muy tristes con la noticia de la muerte de Torres García. La esperábamos con mucha angustia, pero el golpe fue muy fuerte y muy hondo. Es una gran herida para nuestro país.

Pienso siempre en ti y muchas veces me gustaría estar con ustedes frente a algunas piedras maravillosas, a unos árboles, a un mar increíble...

¡Hace tanto tiempo que no los veo! ¿han trabajado mucho?

Yo no he hecho más que contemplar y sufrir los rigores del destierro. Nunca creí que iba a extrañar tanto, tanto a aquella ciudad y sus gentes.

He trabajado sólo en cosas que se relacionan con mis obligaciones de la beca; lo cual no ha sido fácil.

Tengo olvidados en una lejanía muy vaga todos mis cantos. Y un poco olvidada a mi misma, lo cual, según creo, ya es pecar gravemente.

Nunca supe escribir cartas; y ahora lo ves más claramente que nunca. Perdonen ustedes la pobreza de ésta pero sientan el cariño con que los abraza

Esther

Muchos saludos afectuosos de Cáceres.

Recuerdos a nuestros amigos.